

[Edición digital basada en la de *La Ilustración Española y Americana* (*Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles*), [año 14, n.º 18, 25 de agosto de 1870](#), págs. 278-279, con la paginación original].
© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007

Poetas hispano-americanos. Don Felipe Pardo Aliaga. Noticias biográficas

Manuel Cañete (1822-1891)

[-278→]

I

La América del Sur puede vanagloriarse de contar en el número de sus hijos a un escritor y poeta de tan relevantes cualidades como Andrés Bello. Maestro en el conocimiento y uso del castellano, el autor de la famosa oda a *La Agricultura de la Zona Tórrida* ha compuesto uní de las mejores gramáticas para aprender a escribirlo correctamente, y varias de sus composiciones líricas son acabados modelos de rica, elegante y castiza dicción poética. La semilla arrojada por nuestros mayores en el dilatado hemisferio a que en días más venturosos llevamos, con el habla hermosa de Castilla, la luz de la civilización verdadera, ha engendrado allí en el terreno literario frutos de muy delicado sabor. Y aunque de treinta años a esta parte se desatiende mucho en aquellos remotos países el estudio de la lengua española (que desde el descubrimiento y conquista es en ellos idioma patrio), apareciendo cada vez más viciada en casi todo cuanto allá se escribe, no es posible desconocer que hasta en ese mismo período han florecido en las nuevas naciones bañadas por las majestuosas olas del Atlántico y del Pacífico celosos y afortunados cultivadores del bien decir, que cuidan en sus obras de la propiedad y pureza de las palabras, de la castidad y hermosura de la frase.

Uno de los que más se han distinguido modernamente por estas singulares dotes en las turbulentas repúblicas hispano-americanas, ha sido el limeño *don Felipe Pardo y Aliaga*, miembro correspondiente de la Academia Española y honorario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile.

Nació don Felipe Pardo en la risueña capital del Perú el 11 de junio de 1806; año en que el revoltoso general Miranda, instrumento de naciones que envidiaban la grandeza colonial de nuestro país, llevó a cabo con éxito desfavorable su primera expedición destinada a sublevar contra España los pueblos americanos del Sur. Fueron padres de nuestro poeta don Manuel Pardo, regente de la audiencia del Cuzco y posteriormente en la península ministro de los Consejos Supremos de Guerra y Hacienda y del Tribunal Supremo de Justicia, y doña Mariana Aliaga, hija de los marqueses de la Fuente Hermosa.

Hay hombres a quienes sonríe la felicidad desde el primer sollozo de la cuna y que ven deslizarse los floridos años de la juventud como en encantados vergeles. Otros, por el contrario, reciben en su frente al nacer el ósculo de la desgracia y a cada paso que dan en el sendero de la vida tropiezan con nuevos abrojos que los hieren y ensangrientan más cuanto es mayor el afán con que de ellos procuran desenredarse. Don Felipe Pardo tuvo la desdicha de ser duramente combatido desde la niñez por los rigores del infortunio. Apenas abrió los ojos a la luz, presentáronse a su vista y causaron honda impresión en su alma las tormentosas y prolongadas luchas de los pueblos sudamericanos

por emanciparse de la metrópoli y conquistar su independencia. Aún no contaría Pardo ocho años, cuando arrojaron en un calabozo al autor de sus días Angulo y Pomacahua. El niño le siguió a la cárcel y no quiso apartarse de su lado. Poco faltó para que presenciara la salida de su buen padre al patíbulo que le destinaba la revolución (inhumana y feroz como lo son todas) y del que pudo al fin librarse por la piadosa intercesión del obispo y clero del Cuzco.

Las terribles angustias que en tan amargos trances hubo de experimentar el futuro poeta, juguete ya de la adversidad en sus tempranos abries, empezaron desde muy luego a probar el temple de su espíritu, amaestrándolo en la desgracia y preparándolo a soportar con serena frente los contratiempos que le reservaba la fortuna en el curso de su azarosa existencia. Hijo de aquel varón recto que mientras aguardaba resignado la muerte con que los insurgentes lo amenazaban, exponía a su soberano con leal franqueza los verdaderos orígenes del movimiento revolucionario y los medios más racionales de combatirlo, en pro de los recíprocos intereses de la madre España y de las insurreccionadas colonias, el tierno niño ni siquiera por un momento desmintió ser rama nacida de tan noble tronco.

Quince años tendría cuando su padre participó al rey Fernando, en 1821, la jura de la independencia del Perú, último baluarte de la dominación española en la América meridional.

Poco después la familia Pardo abandonó con dolor aquellas hasta entonces prósperas y sosegadas comarcas, y se entregó a los azares de una larga navegación, ansiosa de hallar cuanto antes en Europa la tranquilidad y reposo que le negaba el antiguo imperio de los Incas.

De vuelta a Madrid, el probo magistrado se apresuró a confiar la educación de su hijo Felipe al saber y paternal solicitud del insigne humanista andaluz don Alberto Lista y Aragón, por entonces preceptor y guía de la más granada juventud y de algunos que, andando el tiempo, han llegado a ser lustre y ornamento de la patria.

Pardo no fue de los discípulos menos aventajados del gran maestro, aunque entre ellos figuraban jóvenes como Espronceda, Ventura de la Vega, Roca de Togores (hoy marqués de Molins), Ochoa y el actual conde de Chestre, casi todos los cuales han llegado a formar parte de nuestra primera corporación literaria y a ser los más compañeros en ella del honrado y discretísimo peruano.

Cerrado el colegio de San Mateo, donde crecían en la aplicación y el cultivo de las buenas letras, se organizó a la sombra cariñosa del sabio Lista la academia denominada del *Mirto*, para que completasen prácticamente la instrucción teórica recibida en las cátedras del suprimido colegio. Pardo mereció el honor de ser elegido secretario de aquella corporación, presidida por el nuestro mismo.

Conocido el generoso entusiasmo de la gente moza, que aún no había caído en el precoz e interesable egoísmo con que ahora suele mostrarse, sobrepujando por lo común a la más fría y calculadora vejez, nadie extrañará que hayan sido tan cordiales y permanentes los lazos de cariñosa amistad que unieron a Pardo con sus ilustres condiscípulos del colegio de San Mateo y colegas en la academia del *Mirto*. Su estada entre estos fue de muy corta duración. A pesar de los acerbos dolores que había experimentado en el país natal, no se apagaba en su corazón el amor al suelo que le vio nacer; antes iba creciendo y robusteciéndose con los años, aguijoneándole cada vez más el deseo de respirar las nativas auras bajo el frondoso pabellón de los corpulentos árboles que hermocean valles y montes en las ardientes regiones intertropicales. A ellas tornó a principios de 1828, abandonando (según dice su hijo y más reciente biógrafo) «por los terrenos vol-

cánicos de América, sus relaciones su familia, y la arena tranquila de las luchas de la sociedad del Mirto.»

En mala sazón arribó Pardo a las playas peruanas. Apenas establecida la república en aquel antiguo virreinato, y sacudido el que llamaban *yugo* de la metrópoli, comenzó a experimentar el Perú las consecuencias de su ingrato proceder con la madre España, y los naturales efectos de la forma de gobierno adoptada para regirse como nación independiente. La grandeza y prosperidad con que soñaban algunos ilusos criollos, imaginándose que el cambio de instituciones y de gobierno había por sí solo de convertir luego la emancipada colonia en una especie de paraíso donde reinasen la paz, el bienestar, la riqueza, todos los elementos en que estriba la dicha y fortaleza de las naciones, pronto se trocaron en enconadas luchas civiles, donde los más audaces logran hoy efímeros triunfos, para caer al día siguiente arrollados por el denuedo o por la astucia de otros no menos audaces. Así ha corrido medio siglo, y todavía continúan los austeros patriotas mecidos en cuna de igualdad y fraternidad republicanas; y educados ya expresamente para practicar y hacer fecunda la libertad, desgarrando entre todos el corazón de la patria, cuyo nombre toman en sus perpetuas e interesadas discordias para mejor encubrir cada cual su ambición y codicia y comprometer a los incautos en criminales empresas.

Al llegar de nuevo al Perú con las ilusiones y el fuego propios de un mozo de veintidós años, fácilmente se dejó Pardo arrastrar en la corriente de la patriótica efervescencia que entonces agitaba a la multitud; la cual suele pagar siempre muy caro el irreflexivo ardor con que sigue a sus explotadores, tras el señuelo de seductoras palabras, sin advertir que en vez de labrar su independencia, se hacen las más veces instrumento que agrava su esclavitud y víctima de más insoportables tiranos. El hijo de Pardo, afiliado en el liberalismo peruano más radical, corrobora esa observación cuando afirma en el prólogo a las *Poesías* de su padre, que éste no sólo había participado a su arribo del entusiasmo general en la naciente república, sino escrito composiciones poéticas alusivas a las circunstancias y recitadas en el teatro, «profetizando la victoria y la dicha: bella esperanza que sólo debía ser el preludio de más amargos desengaños».

Tan pronto como acabó Pardo la carrera de jurisprudencia en la universidad de Lima, incorporóse en el Colegio de Abogados y se consagró al ejercicio de esta profesión. Sus relaciones de familia y las templadas ideas políticas y literarias predominantes en la escogida tertulia del ministro de Estado don José María de Pando, nacido también en Lima pero educado en el seminario de Nobles de Madrid, hicieron a nuestro nuevo jurisconsulto asiduo concurrente a ella. Natural era que un joven de las circunstancias de Pardo, tan amante de la justicia y del orden como de la buena literatura, se gozara en cultivar la amena sociedad de personas tan distinguidas y tan enemigas del desenfreno demagógico. Entre otros hombres de mérito frecuentaban la casa del ministro Pando (alma del gobierno de aquella época), amén de su compañero don Andrés Martínez, con quien compartía la jefatura del partido que aspiraba a realizar la reforma por medio del principio de autoridad, el discreto escritor gaditano don José Joaquín de Mora y el esclarecido poeta, honra de Guayaquil, don José Joaquín de Olmedo, cuya oda a *La victoria de Junia* goza justamente de extraordinaria celebridad en todos los pueblos del nuevo mando que hablan la lengua española.

Nada más grato para un joven amante de las buenas letras, habituado a respirar en la sana atmósfera literaria de Lista y de sus mejores discípulos, que dar pasto a su noble afición en el diario comercio intelectual con hombres como el doctor Olmedo, el literato Mora y el estadista Pando. Este había escrito ya por entonces en versos sueltos su *Epís-*

tola a Próspero, menos tensa que las de Jovellanos y Moratín, a quienes procura imitar, pero en la que hay cierto sabor clásico y alguna pintura no indigna del héroe Bolívar, cuyas victorias canta, y al cual pide que cumpla su misión, que arroje el casco y la coraza, que revista la cándida toga y dé al país leyes sabias, justas, estables.

Dócil a inspiraciones de Minerva.

El trato con personas tan instruidas fue para el joven Pardo muy provechoso. Continuación de los buenos estudios y tradiciones literarias de la Península, [-278→279-] hízole conservar puro el gusto y no descuidar la belleza del estilo ni el castizo sabor del lenguaje, que tardaron poco en empezar a desnaturalizarse y corromperse en manos de los extranjerizados o ensoberbecidos escritores de la nueva democracia sud-americana. En este y en otros particulares, la sabrosa tertulia del ministro Pardo sirvió de mucho a nuestro abogado limeño. A la sombra protectora de tal mecenas, logró entrar ventajosamente en la vida pública, donde su claro talento y sus condiciones de carácter habían de ir poco a poco abriéndole honradamente paso a los más encumbrados puestos de la nación.

A los veinticuatro años de edad, en 1830, comenzó a servir en la secretaria de la legación del Perú en Bolivia; y antes de cumplir los veintiséis desempeñó ya el cargo de oficial mayor del ministerio de Hacienda, a las órdenes de don Andrés Martínez, jefe supremo de aquel departamento de Estado. Por la misma época redactaba el periódico político *El Conciliador*; y ahora, atendiendo a cumplir con celosa actividad las obligaciones propias de uno u otro empleo, ya ocupado en la redacción de dicho periódico o del que llevó por título *El Mercurio Peruano*, ya, en fin, ejercitándose en la práctica de la abogacía, llegó al año de 1835, sin descuidar entretanto sus predilectas aficiones literarias. A esta época de su vida corresponden sus composiciones poéticas más determinadamente clásicas, como nacidas al amor y gusto de la escuela sevillana de que era Lista fervoroso adalid y autorizado representante. Tales son la elegía *En la muerte de Joaquina*; la oda *Al señor don J. J. de Olmedo*; las sátiras *El carnaval de Lima* y *A Salvagio*; gran parte de sus poesías ligeras, como las letrillas *El Ministro* y *la corrida de toros*, y otras varias de que haré mención en su debido lugar. También pertenecen a ese mismo período sus comedias *Frutos de la Educación* y *Don Leocadio*, justa censura de malas costumbres indígenas, que ocasionó al autor muchos disgustos, al extremo de decidirle a renunciar al teatro y a dejar inédita otra comedia del mismo género titulada *Una huérfana en Chorrillos*. Verdad es que tampoco ofrecían entonces gran estímulo al cultivo de la dramática las continuas y desastrosas revueltas que enlutaron el Perú de 1832 a 1835, manteniendo en perpetua excitación los ánimos y apartándolos de cuanto pudiera fomentar los tranquilos goces del espíritu.